

EL ORDEN

Traductor: P. Victorino Capánaga, OAR

LIBRO PRIMERO

DISPUTA PRIMERA

CAPÍTULO I

Todo lo dirige la divina Providencia

1. Cosa muy ardua y rarísima es, amigo Cenobio, alcanzar conocimiento y declarar a los hombres el orden de las cosas, el propio de cada una, ya sobre todo el del conjunto o universalidad con que es moderado y regido este mundo. Añádese a esto que, aun pudiéndolo hacer uno, no es fácil tener un oyente digno y preparado para tan divinas y oscuras cosas, ya por los méritos de su vida, ya por el ejercicio de la erudición.

Y con todo, tal es el ideal de los mejores ingenios, y hasta; que contemplan ya, como quien dice con la cabeza erguida, escollos y tempestades de la vida, nada desean tanto como aprender y conocer cómo, gobernando Dios las cosas humanas, cunde tanta perversidad por doquiera, de modo que, al parecer, ha de atribuirse su dirección no ya a un régimen y administración divinos, pero ni siquiera a un gobierno de esclavos, al que se dotara de suficiente poder. Por lo cual, los que se inquietan por estas cuestiones se ven casi en la necesidad de creer que o la divina Providencia no llega a estas cosas últimas e inferiores o ciertamente todos los males se cometen por voluntad de Dios.

Impías ambas soluciones, pero sobre todo la última. Porque, aunque es propio de gente muy horra de cultura y además peligrosísimo para el alma creer que hay algo dejado de la mano de Dios, con todo, entre los hombres, nunca se censura a nadie por su impotencia; pero el vituperio por negligencia es también mucho menos denigrante que el reproche por malicia y crueldad. Y así, la razón, moviéndose por piedad, se ve como forzada a reconocer que las cosas humanas no están regidas por la Providencia divina, o son objeto de desatención y menosprecio antes que de un gobierno donde toda queja contra Dios sería benigna y disculpable.

2. Pero ¿quién es tan ciego que vacile en atribuir al divino poder y disposición el orden racional de los movimientos de los cuerpos, tan fuera del alcance y posibilidad de la voluntad humana? A no ser que se atribuya a la casualidad la maravillosa y sutil estructura de los miembros de los más minúsculos animales, o como si lo que no se atribuye al acaso, pudiera explicarse de otro modo que por la razón,

o como si por atender a las fruslerías de la vana opinión humana osáramos substraer de la dirección de la majestad inefable de Dios el orden maravilloso que se aplaude y admira en todo el universo, sin tener el hombre en ello arte ni parte.

Mas esto mismo plantea más problemas, pues los miembros de un insectillo están labrados con tan admirable orden y distinción, mientras la vida humana versa y fluctúa entre innumerables perturbaciones y vicisitudes.

Pero este modo de mirar las cosas se asemeja al del que restringiendo el campo visual y abarcando con sus ojos sólo el módulo de un azulejo de un mosaico, censurara al artífice, como ignorante de la ordenación y composición de tales obras; creería que no hay orden en la combinación de las teselas, por no considerar ni examinar el conjunto de todos los adornos que concurren a la formación de una faz hermosa. Lo mismo ocurre a los hombres poco instruidos, que, incapaces de abarcar y considerar con su angosta mentalidad el ajuste y armonía del universo, al topar con algo que les ofende, luego piensan que se trata de un desorden o deformidad inherente a las cosas.

3. Y la causa principal de este error es que el hombre se desconoce a sí mismo. Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo. Y esto lo consiguen solamente los que o cauterizan con la soledad las llagas de las opiniones que el curso de la vida ordinaria imprime en ellos, o las curan con la medicina de las artes liberales.

CAPITULO II

Dedica el libro a Cenobio

Así, el espíritu, replegado en sí mismo, comprende la hermosura del universo, el cual tomó su nombre de la unidad. Por tanto, no es dable ver aquella hermosura a las almas desparramadas en lo externo, cuya avidez engendra la indigencia, que sólo se logra evitar con el despego de la multitud. Y llamo multitud, no de hombres, sino de todas las cosas que abarcan nuestros sentidos.

Ni te admires de que sea tanto más pobre uno cuanto más cosas quiere abrazar. Porque así como en una circunferencia, por muy grande que sea, sólo hay un punto adonde convergen los demás, llamado por los geómetras centro, y aunque todas las partes de la circunferencia se pueden dividir infinitamente, sólo el punto del centro está a igual distancia de los demás, y como dominándolos por cierto derecho de igualdad. Mas si quieres salir de allí a cualquier parte, cuanto de más cosas vayas en pos tanto más se pierden todas: así el ánimo, desparramado de sí mismo, recibe golpes innumerables

y vese extenuado y reducido a la penuria de un mendicante cuando toda su naturaleza lo impulsa a buscar doquiera la unidad y la multitud le pone el veto.

4. Pero tú, querido Cenobio, comprenderás, sin duda, el valor de lo que he expuesto,' y la causa del extravío de los hombres, y cómo todo confluye para formar la unidad, y siendo todo perfecto, sin embargo, hay que evitar el pecado. Porque conozco tu ingenio y tu ánimo, enamorado de la hermosura ideal y limpio de toda contaminación y pasión baja. Esta señal de la sabiduría a que estás llamado te previene contra los nocivos placeres por divino derecho para que no abandones tu vocación, atraído por engañosa molicie, pues no hay prevaricación más torpe y dañosa que ésta. Pero tú, créeme, darás alcance a todo esto si te dedicas al trabajo de la erudición, con la que se purifica e instruye el alma, pues antes no está dispuesta para recibir la divina semilla. En qué consiste todo esto y el orden que requiere, lo que la razón promete a los estudiosos y buenos, la vida que hacemos aquí nosotros, para ti carísimos, y el fruto que cosechamos con nuestro ocio liberal te informarán estos libros, más dulces para mí por tu nombre que los encabeza que por el trabajo de nuestra elaboración, y sobre todo, si tú quieres, eligiendo la mejor parte, ajustarte y acomodarte a este orden sobre que se diserta aquí.

5. Pues habiéndome obligado una enfermedad de estómago a dejar la cátedra-y como tú sabes, aun sin tal motivo quería refugiarme ya en la filosofía-, al punto me retiré a la quinta de Verecundo, nuestro generosísimo amigo. ¿Será necesario decirte el placer que tuvo en ello? Ya conoces su benevolencia singular para todos, y especialmente para conmigo. Allí disertábamos de todo lo que nos parecía provechoso, recogiénolo por escrito por ver que esto favorecía a mi salud. Pues como me esmeraba en el lenguaje, no se mezclaba al disputar ninguna porfía descomedida; y al mismo tiempo aunque nos pluguiera publicar algo propio, no sería necesario decirlo de otro modo ni fatigar la memoria.

Participaban en las conversaciones Alipio y Navigio, mi hermano y Licencio, consagrado con pasión repentina y admirable a la poesía. La milicia nos había devuelto a Trigecio, el cual, en su calidad de veterano, era apasionado a la historia. Teníamos a nuestra disposición algunos libros.

CAPÍTULO III

Ocasión de la disputa

6. Velaba yo una noche, según costumbre, meditando en silencio sobre unas ideas que no sé de dónde me venían, pues por amor a la investigación de la verdad solía estar desvelado la primera o la segunda parte de la noche, reflexionando sobre lo que fuera. No

quería distraerme discutiendo con los jóvenes, porque durante el día ellos trabajaban tanto que me parecía demasiado hurtarles algo del sueño, por razón de estudio, si bien me tenían encargado que, fuera de los libros, les mandase otros trabajos con el fin de habituarse al recogimiento interior.

Yo, pues, como digo, velaba aquella noche, cuando me obligó a aplicar el oído y prendió más fuertemente que de costumbre mi atención el rumor del agua que corría junto a los baños. Me causaba mucha admiración que la misma agua, al precipitarse sobre las piedras, unas veces resonaba con más claridad y otras más amortiguadamente. Púseme a averiguar la causa, y lo confieso, no atinaba en ella, cuando Licencio andaba a golpes en la cama con una tabla contra unos ratones molestos, y esto me dio a entender que estaba despierto. Yo le dije:

-¿Has notado, Licencio, pues parece que tu musa te ha encendido la lámpara para que poetices, cómo el agua de ese canal discurre con sonido irregular?

-Esto no es nuevo para mí-contestó él-. Pues algunas veces, al despertarme con el deseo de saber si se ha engrosado con la lluvia su caudal, me ha hecho aplicar el oído y advertir el mismo fenómeno.

También Trigecio dio señal de aprobación, pues, aunque recostado en su lecho del mismo aposento, velaba sin saberlo nosotros. Había obscuridad, cosa que en Italia es necesaria aun para los ricos.

7. Al ver, pues, que toda nuestra escuela estaba allí (Alipio y Navigio se habían ido a la ciudad) y cómo todos velaban aún en aquellas horas, aquel fenómeno de las aguas me indujo a darles alguna lección y les dije:

-¿Cuál os parece, pues, la causa de la alternancia de ese sonido? Pues no creo que ninguna persona a estas horas, al pasar o para lavar alguna cosa, intercepte tantas veces el curso del agua.

-¿Cuál ha de ser-replicó Licencio-sino que las hojas de los árboles, que ahora en el otoño sin cesar y copiosamente se desprenden, recogidas y detenidas por la angostura del canal, al fin son arrastradas, cediendo algunas veces al empuje del raudal; mas pasado el ímpetu de la corriente, nuevamente se recogen, se amontonan y represan? O tal vez se produce algún otro fenómeno con la variable afluencia de las hojas, capaces ora de refrenar, ora de precipitar la corriente.

Me pareció plausible su explicación, máxime porque yo no tenía ninguna, y alabé su ingenio, diciéndole que nada se me había ocurrido a mí, habiéndolo pensado largo rato.

8. Después de un breve silencio le dije:

-Justamente, tú no te admirabas de nada por hallarte interiormente entretenido con tu Calíope.

-Es cierto-me respondió-; pero tú me has dado ahora un gran argumento de admiración.

-¿Cuál es?

-El haberte tú admirado de eso.

-Pues ¿de dónde nace la admiración o cuál es la madre de este vicio sino algo insólito ocurrido fuera del orden manifiesto de las causas?

-Fuera del orden manifiesto, concedo; pero no admito que suceda algo fuera del orden.

Yo, oyendo esto, me erguí a una esperanza más viva de lo acostumbrado, cuando al hacerles algunas preguntas veo que un tan tierno muchacho, ganado recientemente para estas cosas, ha improvisado una sentencia de tanta gravedad, sin haber nunca tratado antes esta materia entre nosotros, Le dije:

-Muy bien, muy bien; digna de toda loa es tu manera de pensar; a mucho te has atrevido, créeme que te has elevado mucho sobre el Helicón, a cuya cima deseas llegar, como si fuera el cielo. Mas has de mantenerte firme en tu sentencia, porque la voy a combatir.

-Déjame ahora libre, te ruego, porque otras cosas me roban la atención.

Yo, temiendo que la poesía me lo arrebatase totalmente de los estudios filosóficos, le dije:

-Me irrita verte andar cantando y lamentando en pos de tus versos de todo metro, que levantan entre ti y la verdad un muro más grueso que el que separaba a los amantes de la fábula que cantas, pues ellos se comunicaban por una delgada hendidura. (Él estaba poetizando sobre los amores de Píramo (Cf Ovidio, *Metamorfosis* IV, 55.)).

9. Díjele esto con un tono más severo de lo acostumbrado y se calló.

Cortada la conversación, yo volví a mis pensamientos para no entretener inútil e impertinentemente al que veía tan ocupado con su tema. Entonces dijo él:

-Con más razón que Terencio puedo yo repetir ahora: *Pobre de mí, yo mismo me he perdido con mi propia boca como el ratón* (Terencio, *Eunuco*, 5, 1024). Pero tal vez lo que añade no concuerda con mi

ventura. Porque si él dice: Hoy me he perdido; yo, en cambio, tal vez hoy me hallaré a mí mismo. Pues dando algún valor a lo que los supersticiosos auguran de los múridos, si yo con mi estrépito he avisado, suponiendo que entienda algo, al ratón que te denunció mi vigilancia para que torné a su agujero y allí descanse, ¿por qué no me tendré yo ahora por amonestado por ti, para que, dejando el canto de las musas, me consagre a la investigación de la verdad por la filosofía? Pues según he empezado a conjeturar por las pruebas diarias que tú nos das, ella es nuestro verdadero y seguro lugar de reposo. Por lo cual, si no te enoja y crees que debes hacerlo, pregunta lo que quieras; defenderé con tesón el orden de las cosas, sosteniendo que nada se realiza fuera de él. Porque tan penetrado y empapado me hallo de este pensamiento, que, aun cuando saliera vencido en la disputa, eso mismo no lo atribuiré a la casualidad, sino al orden de las cosas. Porque aun entonces no será vencida la verdad, sino Licencio.

CAPÍTULO IV

Nada se verifica absolutamente sin razón

10. Otra vez, pues, me volví a ellos lleno de gozo y dije a Trigecio:

-A ti ¿qué te parece?

-Me declaro en favor del orden-dijo-; pero tengo mis incertidumbres, y quiero se trate la cuestión con suma diligencia.

-Cuenta, pues, con tu favor aquella parte; mas en lo que toca a la incertidumbre, es patrimonio común a todos, a mí y a Licencio.

-Pues yo-replicó Licencio-estoy cierto de mi modo de pensar. ¿Cómo voy a titubear en derruir antes de que esté levantada la pared de que has hecho mención? Pues no puede el arte poético apartarme del estudio de la filosofía tanto como la desconfianza de hallar la verdad.

Entonces Trigecio dijo con palabras festivas:

-Ya tenemos a Licencio cambiado, libre de la duda de los académicos, a quienes antes patrocinaba con ardor.

-No me recuerdes eso, te ruego-le replicó Licencio-, no sea que esa doctrina astuta e insidiosa me aparte y prive de no sé qué divina vislumbre que ha comenzado a mostrármese y me trae suspendido el deseo.

Aquí, arrebatado yo también de un gozo superior al que podía aspirar, recité este verso con gozo: "Así plegué al padre de los dioses, así al soberano Apolo que comiences... (Virgilio, *Eneida* X,

875) " Porque Él nos guiará a feliz término si vamos a donde nos manda, para fijar allí nuestra morada, pues nos da ahora buenos augurios y desciende a nuestros ánimos.

No es ya el encumbrado Apolo el que en las cuevas, en los montes, en los bosques, provocado por el olor del incienso y la ofrenda de los animales, hinche de furor poético a los hombres; es otro, ciertamente, más alto y verdadero; mas ¿para qué jugar con las palabras? Es la misma Verdad, de la que son vates cuantos pueden llegar a la sabiduría. Manos, pues, a la tarea, Licencio; fomentemos con confianza la piedad y hollemos con nuestros pies el fuego pernicioso de nuestras humeantes pasiones.

11. Pregúntame, pues, ya, te ruego-dijo él-, para poder explicar con tus palabras y con las mías este no sé qué tan grande que siento.

-Respóndeme primero a esto: ¿ por qué te parece que esa agua no corre fortuitamente, sino con orden? Que ella corra y sea conducida por acueductos de madera para nuestro uso y empleo, bien pertenece al orden, por ser obra razonable y de la -industria humana, que quiere aprovecharse de su curso para la limpieza y bebida, y justo es que se hiciera así, según las necesidades de los lugares. Pero que las hojas caigan del modo que dices, dando lugar al fenómeno que nos admira, ¿cómo puede relacionarse con el orden? ¿No es más bien obra de la casualidad?

-Pero-replicó él-al que ve claramente que nada puede hacerse sin suficiente causa, ¿puede ocurrírsele otro modo diverso de caerse las hojas? Pues qué, ¿ quieres que te describa la posición de los árboles, y de sus ramas, y el peso que dio la misma naturaleza a las hojas? Ni es cosa de ponderar ahora la movilidad del aire que las arrastra, o la suavidad con que descienden, ni las diversas maneras de caer, según el estado de la atmósfera, el peso, la figura y otras innumerables causas más desconocidas. Hasta aquí no llega la potencia de nuestros sentidos y son cosas enteramente ocultas; pero no sé cómo (lo cual basta para nuestra cuestión) es patente a nuestros ojos que nada se hace sin razón. Un curioso impertinente podía continuar preguntando por qué razón hay allí árboles, y yo le responderé que los hombres se han guiado por la fertilidad del terreno.

- ¿Y si los árboles no son fructíferos y han nacido por casualidad?

-A eso responderé que nosotros sabemos muy poco y que no puede censurarse a la naturaleza por haber obrado sin razón poniéndolos allí. ¿Qué más? O me convencéis de que hace algo sin razón o creed que todo sigue un orden cierto de causalidad".

CAPÍTULO V

Cómo Dios todo lo dirige con orden

12. Yo respondí a Licencio:

-Aunque me tengas por un curioso impertinente, y ciertamente debo de serlo para ti por haber interrumpido tu coloquio con Píramo y Tisbe, insistiré en proponerte algunas cuestiones. Esta naturaleza, que, según tu modo de pensar, toda resplandece con orden-dejando otras innumerables cosas-, ¿podrás decirme para qué utilidad crió los árboles no frutales?

Cuando el interpelado buscaba una respuesta, dijo Trigecio:

-Pero ¿acaso la utilidad de los árboles está cifrada únicamente en el fruto? ¿No reportan su provecho otras cosas: su misma sombra, su madera y, finalmente, hasta las hojas?

-No des esta solución a la cuestión propuesta-le atajó Licencio-. Porque pueden sacarse innumerables ejemplos de cosas sin provecho para los hombres o de tan escasa y desconocida utilidad que apenas podemos defenderlas. Que nos diga él más bien si hay alguna cosa sin causa suficiente.

-Después tocaremos brevemente ese punto-le dije-. No es necesario que yo haga de maestro, porque tú, que profesas la certeza de tan alta doctrina, nada nuevo me has enseñado todavía, y yo estoy tan deseoso de aprender que me paso días y noches en ese ejercicio.

13. -¡En valiente aprieto me pones! ¿Es tal vez porque te sigo con más ligereza que estas hojas al viento, que las arrastra a la corriente del agua, de modo que es poco decir que caen, sino que son arrebatadas? Pues ¿qué otra cosa es que Licencio se meta a maestro de Agustín, y nada menos que en las cuestiones más entrañables de la filosofía?

-No te rebajes tanto-le repliqué-ni me encumbres a mí demasiado, porque en filosofía soy un niño aún, ni me preocupo, al dirigir mis preguntas, por medio de quién me responde Aquel a quien presento todos los días mis lamentos, de quien te auguro que serás un vate algún día; y ese algún día tal vez no se halle lejano. Otros también, separados de esta clase de estudios, pueden enseñarnos algo cuando se asocian a los que discuten con el sistema de hábiles preguntas. Y ese algo vale lo suyo. ¿No ves cómo las mismas hojas-para usar tu símil-, arrastradas por el viento y flotando sobre la corriente, pueden ofrecer su/resistencia al curso del agua que se precipita, avisando a los hombres acerca del orden de la Naturaleza, si damos por válida tu tesis?

14. Licencio, saltando de gozo en su lecho, exclamó:

- ¿Quién negará, ¡oh Dios grande!, que todo lo administras con orden? ¡Cómo se relacionan entre sí en el universo todas las cosas y con qué ordenada sucesión van dirigidas a sus desenlaces! ¡cuántos y cuán varios acontecimientos no han ocurrido para que nosotros entabláramos esta discusión! ¡Cuántas cosas se hacen para que te hallemos a ti! ¿De dónde sino del mismo orden universal mana y brota esto mismo, es decir, que nosotros estuviésemos despiertos y tú atento al sonido del agua e indagando la causa de un fenómeno tan ordinario, sin atinar en ella? Intervino también un ratoncito para que yo saliera a la escena. Finalmente, tu mismo discurso, tal vez sin intención tuya-nadie es dueño de que alguna idea le venga a la mente-, no sé cómo me revolotea en el magín, inspirándome la respuesta que debo dar. Pues yo te pregunto: si la disputa que tenemos aquí la escribes, como te has propuesto, y se divulga algún tanto, llegando a la fama de los hombres, ¿no les parecerá una cosa tan grave, digna de la respuesta de algún gran adivino o caldeo, que, preguntado sobre ella, hubiese respondido antes de verificarse? Y si hubiera respondido, se hubiera considerado una cosa tan divina; tan digna de celebrarse con aplauso universal, que nadie se atrevería a preguntar por qué cayó una hoja de árbol o un ratón inquieto fue molesto para un hombre que descansaba en su lecho. Pues ¿acaso estas predicciones de lo futuro las hizo alguno de ellos por cuenta propia o fue requerido por el consultor a decirlas? Y si adivinare que ha de publicarse un libro de importancia y viese que era necesario aquel hecho, pues de otro modo no podría adivinarlo, luego tanto la caída de las hojas en el campo como todo lo que hace en casa ese animalito, todo se hallaría enlazado con el orden, lo mismo que este escrito, Porque con estas palabras estamos haciendo unos razonamientos que, de no haber precedido aquellos hechos tan insignificantes, no nos hubieran ocurrido ni se hubieran expuesto ni tomado en cuenta para legarlos a la posteridad. Así que nadie me pregunte ya por qué suceden cada una de estas cosas. Baste con saber que nada se engendra, nada se hace sin una causa suficiente, que la produce y lleva a su término.

CAPÍTULO VI

el orden lo comprende todo

15. -Por lo que has dicho se ve-le dije yo-que no ha llegado a tu noticia de adolescente lo mucho que se ha escrito contra la adivinación por graves autores. Pero responde ahora, no si se verifica algo sin razón suficiente, porqué a esto veo que no quieres responder, sino si este orden cuya defensa has tomado te parece bueno o malo.

Y él respondió a sovoz:

-No me has propuesto la cuestión de modo que pueda responder una de las dos cosas. Porque veo aquí un término medio. El orden no me parece a mí ni bien ni mal.

-¿Qué piensas-le insté yo-que a lo menos sea contrario al orden?

-Nada-dijo él-. ¿Cómo puede tener contrario lo que todo lo ocupa, lo que reina por doquier? Pues lo que es contrario al orden debe hallarse fuera del orden. Y nada veo puesto fuera del orden, ni se puede pensar que hay nada contrario a él.

-Luego ¿no es contrario al orden el error?-le preguntó Trigecio.

-De ningún modo-replicó-. Pues nadie veo que; yerre sin causa. Y la serie de las causas pertenece al orden. Y el error no sólo tiene causas que lo producen, sino efectos que le siguen. Por consecuencia, no puede ser contrario al orden lo que no está fuera de él.

16. Cuando calló Trigecio, yo no cabía de gozo dentro de mí viendo cómo aquel adolescente, hijo de un carísimo amigo mío, se hacía mío por espiritual filiación; y no sólo esto, sino que crecía y se engrandecía con su amistad para conmigo; y habiendo desconfiado de su aplicación aun para llegar a ser una medianía en las letras, lo veía ahora, despreciando todo su caudal, lanzarse con todo su ímpetu al corazón mismo de la filosofía.

Cuando en silencio me maravillaba de esto, ardiendo en deseos de felicitarle, él, como arrebatado de alguna idea, exclamó:

- ¡Oh, si yo pudiera decir lo que quiero! ¿Dónde, dónde estáis, palabras? Venid en mi ayuda. Los bienes y los males están dentro del orden. Creed si queréis, porque yo no sé explicarlo.

CAPÍTULO VII

Dios no ama el mal, aunque pertenece al orden

17. Yo, lleno de asombro, callaba. Trigecio, cuando, pasada la embriaguez de su arrebató, lo vio más afable y accesible, le instó:

-Me parece un absurdo y contrario a la verdad lo que dices, Licencio; ten un poco de paciencia para aguantarme y no me interrumpas con tus voces.

-Di lo que te plazca-respondió él-; no me arrebatarás lo que vislumbro y casi está a mis manos.

-Ojalá-le dijo el otro-no te desvíes del orden que defiendes ni te hagas reo de incuria a Dios, para suavizar mi expresión. Porque ¿hay cosa más impía que decir que hasta los males están dentro del orden? Pues Dios ama, ciertamente, el orden.

-Lo ama, sin duda-replicó Licencio-; de Él procede y con Él se halla. Y si algo puede decirse de tema tan elevado con más decoro, piénsalo tú, porque yo no soy apto para declarar estas cosas ahora.

-¿Qué voy a pensar yo?-le preguntó Trigecio-. Tomo tus palabras como suenan, y me basta con lo que entiendo. Porque ciertamente has dicho que los males están dentro del orden y que este orden proviene del sumo Dios y lo ama. De donde se sigue que de Él proceden los males y los quiere.

18. En esta conclusión temí a Licencio, Pero él, lamentándose de la dificultad de las palabras, sin buscar una respuesta adecuada, sino más bien embarazado por la forma de la contestación, dijo:

-No quiere Dios los males, porque no pertenece al orden que Dios los ame. Por eso ama mucho el orden, porque Él no ama los males, los cuales, ¿cómo no han de estar dentro del orden cuando Dios no los quiere? Mira que esto mismo pertenece al orden del mal, el que no sea amado de Dios. ¿Te parece poco orden que Dios ame los bienes y no ame los males? Así, pues, ni los males están fuera del orden, porque Dios no los quiere, y ama, en cambio, el orden. Él quiere amar los bienes y aborrecer los males, lo cual es un orden acabado y de una divina disposición. Orden y disposición que conservan por medio de distintos elementos la concordia de todas las cosas, haciendo que los mismos males sean en cierto modo necesarios. De este modo, como con ciertas antítesis, por la combinación de cosas contrarias, que en la oratoria agradan tanto, se produce la hermosura universal del mundo.

19. Hubo una breve pausa de silencio; pero, irguiéndose de improviso por la parte en que tenía su lecho Trigecio, le instaba:

-Dime, te ruego, si Dios es justo.

Callaba el otro, porque, según después confesó, admiraba y temía otro discurso repentino e inflamado de nueva inspiración de su condiscípulo y amigo. Viéndole callado, Licencio prosiguió:

-Porque si me respondes que Dios no es justo, tú verás lo que haces, pues no ha mucho me censurabas de impiedad. Y si, conforme a la doctrina que recibimos y nos lo persuade el sentimiento, de la necesidad del orden, Dios es justo, sin duda lo es, porque da a cada cual lo suyo. ¿Y qué distribución cabe donde no hay distinción? ¿Y qué distinción, si todo es bueno? ¿Y qué puede haber fuera del orden, si la justicia de Dios trata de buenos y malos según su

merecido? Mas todos afirmamos que Dios es justo. Luego todo se halla encerrado dentro del orden.

Terminado este discurso saltó del lecho, y con la voz más suave, porque nadie le respondía, me dijo a mí:

-¿Nada me dices tampoco tú, que has provocado esta discusión?

Yo le respondí:

20. - *¡Ea! Veo que un nuevo entusiasmo se enseñorea de ti ahora* (Terencio, *Andria*, 4 ,730). Pero mi parecer lo expondré durante el día, que ya parece se avecina, a no ser que sea de la luna el fulgor de la ventana. Al mismo tiempo hay que esforzarse, Licencio, para que el olvido no arrebate cosas tan bellas como las que has dicho. Nuestra ocupación literaria exige que se guarde memoria de todo. Te diré atentamente lo que pienso, disputando contra ti según mis fuerzas, pues mi mayor triunfo será el ser vencido por ti. Pero si acaso tu debilidad, insuficientemente robustecida todavía con la erudición de las artes para sostener la causa de tan gran Dios, cediere a la astucia y agudo razonamiento en favor de los errores humanos, cuya defensa tomaré a mi cargo, eso mismo te enseñará la falta que tienes de nuevas fuerzas para subir hasta Él con más firmeza. Además quiero que esta discusión salga un poco limada, pues ha de llegar a muy delicados oídos. Porque nuestro amigo Cenobio frecuentemente me consultó muchas cosas acerca del orden del mundo en ocasión en que yo no le podía satisfacer a tan elevadas cuestiones ora por la dificultad de las preguntas ora por la premura del tiempo. Y andaba tan impaciente por mis demoras, que, para obligarme a responderle más copiosa y diligentemente, me instó a ello con versos, y bien elaborados por cierto, para que tú le ames más. Tú no podías leerlos entonces, porque vivías alejadísimo de estas aficiones, y tampoco es posible hacerlo ahora, porque su partida fue tan repentina y agitada que huyó de nuestra mente el recuerdo de estas cosas, pues él había pensado en dejarme su poema para que le respondiese. Tengo, en fin, otras muchas razones para dirigirle este mi escrito. La primera es porque se lo debo; la segunda, porque conviene agradecer su benevolencia para con nosotros, dándole cuenta de la vida que llevamos; finalmente, nadie le supera en el gozo de la esperanza que tiene puesta en ti. Estando con nosotros, por la amistad con tu padre o más bien con todos nosotros, se interesaba muchísimo por que el vivo centelleo de tu ingenio, que observaba atentamente, se atizase con mi cuidado y no se malograra por tu incuria. Y al saber ahora tu afición a la poesía se complacerá tanto, que me figuro verlo saltando de alborozo.

CAPÍTULO VIII

Licencio, enamorado de la filosofía. -Reprensión de santa Mónica.

Utilidad de las artes liberales

21. -Nada más grato será para mí-respondió-; pero sea por la inconstancia y veleidad moceril, sea por alguna disposición y orden divino, os lo confieso, me he vuelto repentinamente flojo para el cultivo del metro poético, porque siento arder dentro de mí una luz muy diferente, muy superior. Más bella es la filosofía que Tisbe y Píramo, más que Venus y Cupido y los demás amores.

Y suspirando daba gracias a Cristo. Yo oía todo aquello con gozo, ¿por qué no decirlo? ¿O qué no diré? Tómelo cada cual como le plazca; a mí sólo me inquieta el haber sentido un gozo tal vez inmoderado.

22. Mientras tanto, pasado algún tiempo, amaneció; se levantaron ellos, y yo, llorando, elevé muchas plegarias a Dios; y he aquí que oigo a Licencio, muy parlero y festivo, canturrear el verso del salmo: *Oh Dios todopoderoso; conviértenos, muéstranos tu rostro y seremos salvos* (Sal 79, 8). Lo mismo había hecho la noche anterior cuando, después de la cena, salió fuera para una necesidad natural, cantando en voz más alta, cosa que no agradó a nuestra madre, porque tales lugares no eran para repetir tales cánticos. Alegaba que aquella tonadilla la había aprendido poco ha y le gustaba como una melodía nueva. Lo reprendió la santa mujer, porque el lugar era impropio para tales expansiones. Y él le replicó chanceando:

- ¡Pues qué!, si un enemigo me encerrase en aquel lugar, ¿no escucharía Dios mi voz?

23. Habiendo, pues, a la mañana vuelto solo, pues los dos habían salido por la misma causa, se acercó a mi lecho.

-Dime la verdad; y hágase de mí lo que quieras: ¿qué piensas tú de mi acción?

Y yo, tomándole la diestra al muchacho, le dije:

-Lo que de ti pienso ya lo sabes, crees y entiendes. Creo que no en vano cantaste tanto ayer para que el Dios todopoderoso se te manifieste a ti, que te has dirigido a Él.

Y recordando él lo pasado con admiración, respondió:

-Gran cosa y verdad dices. Porque me hace fuerza el pensar que poco ha se me hacía tan duro el dejar las bagatelas poéticas, y ya me siento remiso y avergonzado de volver a ellas, pues me arrebatan totalmente cosas grandes y maravillosas. ¿No es esto convertirse a Dios? Alegróme también porque en vano se ha querido contagiarme

con el escrúpulo supersticioso por haber cantado tales cosas en aquel lugar.

-Eso a mí no me desagrada-le dije-, y creo que pertenece a aquel orden, que vuelve a darnos motivo para decir algo sobre él. Pues veo una congruencia entre aquel canto y el lugar por el que se ofendió ella y la misma noche. Pues ¿qué oramos al pedir nuestra conversión a Dios y la vista de su rostro sino que nos purifique de cierta impureza corporal y de las tinieblas de los errores? ¿Y qué es convertirse sino erguirse en espíritu de los vicios irrefrenados con la templanza y la virtud? Y la faz de Dios, ¿no es la Verdad, por la que suspiramos, purificándonos y adornándonos para ella, porque es nuestra amada?

-Mejor no se puede hablar-dijo él.

Y luego, como cuchicheando en mi oído, añadió:

-Mira cuántas cosas han ocurrido, haciéndome creer que algo se prepara para nosotros con un orden más favorable.

24. -Si amas el orden-le insistí-, hay que volver a la poesía, porque la erudición moderada y racional de las artes liberales nos hace más agües y constantes, más limpios y bellos para el abrazo de la verdad, para apetecerla más ardientemente, para conseguirla con más ahínco, y unirse más dulcemente a la que se llama vida bienaventurada. La cual cuando se nombra, todos se yerguen, como mirando a las manos y esperando que se les dé lo que ansían tantos menesterosos e impedidos con diversas enfermedades. Pero cuando la sabiduría les impera que se pongan en las manos del médico, dejándose curar con paciencia, luego vuelven a sus andrajos y a su calorcillo se rascan gustosamente la sarna de sus perniciosos deleites antes que someterse a los algún tanto duros preceptos de la medicina, insoportables a su dolencia, para volver a la salud y a la luz de los fuertes. Y así, contentos con el nombre y sentimiento del Soberano Dios, como con un salario, viven miserables, pero viven. Mas aquel Esposo bonísimo y hermosísimo busca a otros hombres, o por mejor decir, otras almas, que son dignas ya de su tálamo, aunque moren en el cuerpo, a las cuales no les basta vivir, sino quieren vivir dichosamente. Dedícate, pues, entre tanto, a las musas. Sin embargo, ¿sabes lo que te propongo para tu ejercicio?

-Mándame lo que te plazca-dijo.

-Cuando aquel Píramo y su amante se apuñalen, según has de cantar, sobre el cuerpo del moribundo, en el mismo dolor en que se encenderá tu poesía con acentos más emotivos, hallarás muy buena oportunidad. Detesta tan feas liviandades y su mortal incendio, origen de aquella tragedia; después, elévate para cantar el amor puro con que las almas, adornadas por las artes liberales y

embellecidas por la virtud, se desposan con el entendimiento por la filosofía, y no sólo evitan la muerte, sino gozan de vida dichosísima.

Aquí Licencio estuvo un rato silencioso y vacilante, y después, cabeceando, se retiró.

25. Luego me levanté yo también, y elevando a Dios las acostumbradas preces, nos pusimos en camino hacia los baños. Pues por estar nublado el cielo, y no poder acomodarnos al aire libre, nos era cómodo y familiar aquel lugar para nuestras discusiones, cuando he aquí que a la misma puerta se nos ofrece el espectáculo de dos gallos empeñados en reñidísimo combate. Plúgonos ser espectadores. Pues ¿qué no desean o qué no observan los ojos de los amantes para captar todos los indicios de la hermosura de la tazón, que gobierna a los seres racionales e irracionales, invitando a sus seguidores y enamorados a buscarla por todas partes? ¿Y de dónde y por dónde no puede hacer sus señas? Y así era cosa de ver los gallos con las cabezas tiasas y las plumas erizadas, acometiéndose a fuertes picotazos y esquivando con arte los golpes ajenos; en aquellos movimientos de animales sin razón todo parecía armonioso, como concertado por una razón superior que todo lo rige. Finalmente, pondérese la ley del vencedor, con el soberbio canto, y aquel recoger todas las plumas, como redondeándose en ostentación de orgulloso dominio; y luego las señales del vencido: su cuello desplumado, su voz humilde y sus torpes movimientos, todo indica no sé qué conformidad y decoro con las leyes de la Naturaleza.

26. Y nos proponíamos muchas cuestiones: ¿Por qué hacen todos lo mismo? ¿Por qué siempre obran así para dominar las hembras, que les están sumisas? ¿Por qué el aspecto mismo de la lucha, además de llevarnos a esta alta investigación, nos producía el deleite de un espectáculo? ¿Qué hay en nosotros que nos impele a buscar en lo sensible cosas que caen fuera del ámbito de los sentidos? ¿Y qué tenemos que se detiene como preso con el halago de los mismos? Y nos decíamos a nosotros mismos: ¿Dónde no rigen las leyes y a los mejores no se debe el imperio? ¿Dónde falta una sombra de regularidad? ¿Dónde no se imita a la verdaderísima Hermosura? ¿Dónde no reina la medida? Al fin, advertidos por aquel mismo hecho para que nos moderásemos en la contemplación del espectáculo, seguimos adonde nos guiaba nuestro propósito. Y allí, tan pronto como se pudo, por ser tan recientes y notables estos episodios que difícilmente se podían borrar de la memoria de los tres estudiosos, con la debida diligencia ajustando todos los apuntes de nuestra conversación, formamos esta parte del libro. Y mirando por mi salud, nada hice más aquel día; sólo antes de la cena tenía costumbre de escuchar con ellos todos los días la lectura de medio volumen de Virgilio, y era nuestra ocupación considerar el admirable modo de ser de las cosas. El cual nadie deja de reconocerlo; pero el sentirlo, cuando se hace algo con empeño, es muy difícil y raro.

DISPUTA SEGUNDA

CAPÍTULO IX

el orden eleva a Dios

27. Al día siguiente, todos de buen humor, muy de mañana volvimos al mismo lugar y allí nos sentamos. Al ver la atención de ambos, les dije:

-Estáte aquí, Licencio, y tú, Trigecio, no te separes, porque vamos a discutir una cuestión muy grave; se trata del orden. ¿Ya qué hacer ahora, como era costumbre en la escuela, de cuya servidumbre con tanto gozo acabo de librarme, el panegírico del orden con un estilo copioso y elegante? Recibid, si os place, o más bien esforzaos por admitir el elogio más breve y verdadero que se puede hacer de él, a mi parecer. El orden es el que, guardándolo, nos lleva a Dios; y si no lo guardamos en la vida, no lograremos elevarnos hasta Él. Mas yo presumo y espero que nosotros llegaremos, según la estimación que de vosotros tengo. Debemos, pues, tratar y resolver con suma diligencia esta cuestión.

Yo quisiera ver aquí presentes a los otros que también acostumbran participar en estas conversaciones.

Quisiera que, a ser posible, no sólo éstos, sino todos vuestros familiares, cuyo ingenio admiro siempre, estuviesen aquí conmigo y atentos como vosotros; o a lo menos, que no faltase nuestro gran Cenobio, al cual, cuando andaba enfrascado en estas cuestiones, por falta de ocio nunca pude responderle satisfactoriamente. Pero como no es posible su presencia, ellos leerán nuestro escrito, pues nos hemos propuesto no perder palabra y las cosas mismas, tan fáciles para resbalarse de la memoria, sujetarlas por medio del escrito. Así lo exigía tal vez el mismo orden, que dispuso su ausencia. Vosotros, ciertamente, venís con un ánimo más levantado, dispuestos a soportar solos el peso de esta discusión sobre tema tan importante; y cuando leyeren nuestro escrito aquellos a quienes nos hallamos unidos por nuestra amistad, si alguna objeción nos viene de su parte, a esta disertación se irán enlazando otras, y con la serie de los discursos insertados se formará un cuerpo de doctrina. Pero ahora, según la promesa hecha y la índole de este trabajo, llevaré la contra a Licencio, quien cumplirá su cometido si protege su tesis con sólida y firme muralla.

CAPÍTULO X

Qué es el orden.-Cómo se han de refrenar los movimientos de la emulación y vanagloria en los jóvenes que se consagran a las letras

28. Cuando por el silencio, la cara, los ojos, la quietud que guardaban, noté que todos estaban interesados por la grandeza del argumento y ansiaban escucharme, dije:

-Vamos, pues, Licencio; recoge en ti todas las fuerzas que puedas, afina la agudeza de tu ingenio y danos una definición con todos los elementos del orden.

Entonces él, al verse obligado a dar una definición, retrocedió como si le hubieran echado una rociada de agua fría, y mirándome turbado y sonriente con la misma trepidación, me dijo:

-Pero ¿qué es esto? ¿Por quién me has tomado? Yo no sé de qué espíritu extraño me consideras inspirado. Animándose después a sí mismo, añadió:

- ¿O tal vez hay algo en mí?

Calló un rato para reconcentrarse y definir el orden, e irguiéndose dijo:

-El orden es por el que se hacen todas las cosas que Dios ha establecido.

29. -Y el mismo Dios-le dije yo-, ¿no te parece que es movido por el orden?

-Ciertamente me parece-respondió.

- ¿Conque Dios también está sometido al orden?-le preguntó Trigecio,

-¿Pues qué?-le replicó Licencio-. ¿Niegas que sea Dios Cristo, el cual vino a nosotros según el orden y Él mismo se dice enviado por el Padre? Si a Cristo envió Dios a la tierra según un plan de orden y Dios es Cristo, no sólo obra todas las cosas, sino que Él mismo se halla sometido a cierto orden.

Aquí Trigecio respondió titubeando:

-No sé cómo entender lo que dices. Pues cuando nombramos a Dios no es Cristo el que nos viene a la mente, sino el Padre. Pensamos en Aquél cuando se nombra al Hijo.

- ¡Aguda distinción la tuya!-le arguyó Licencio-. Habrá que negar entonces que sea Dios el Hijo de Dios.

Aquí el contendiente, no obstante que le pareció peligrosa la respuesta, se aventuró a decir:

-Cristo, sin duda, es Dios; pero propiamente al Padre damos este nombre. Le atajé yo:

-No sigas por ese camino, porque el Hijo de Dios se llama propiamente Dios.

Y él, movido por sentimiento religioso, no quería que constasen aquellas palabras; pero Licencio urgía, a estilo de muchacho, o más bien de todo 'los hombres, ¡oh desgracia!, a que se escribieran, como si se tratase de una rivalidad de vanagloria. Y reprendiéndole yo con graves palabras por aquel movimiento de su ánimo, quedó corrido, motivando el regocijo y la risa de Trigecio. Encarándome con ambos, les reprendí:

-Pero ¿es éste vuestro espíritu? ¡No sabéis cuan pesada carga de vicios nos oprime y qué tenebrosa ignorancia nos envuelve! ¿Dónde está aquella vuestra atención y ánimo levantado a Dios y a la verdad, de que poco ha me gloriaba yo ingenuamente? ¡Oh si vierais, aun con unos ojos tan turbios como los míos, en cuántos peligros yacemos y de qué demente enfermedad es indicio vuestra risa! ¡Oh si supierais, cuan pronto, cuan luego la trocaríais en llanto! ¡Desdichados! ¡No sabéis dónde estamos! Es un hecho común que todos los necios e ignorantes están sumidos en la miseria: mas no a todos los que así se ven, alarga de un mismo y único modo la sabiduría su mano. Y creedme: unos son llamados a lo alto, otros quedan en lo profundo. No queráis, os pido, doblar mis miserias. Bastante tengo con mis heridas, cuya curación imploro a Dios con llanto casi cotidiano, si bien estoy persuadido de que no me conviene sanar tan pronto como deseo. Si algún cariño me tenéis, si algún miramiento de amistad; si comprendéis cuánto os amo, cuánto estimo y el cuidado que me da vuestra formación moral; si soy digno de alguna correspondencia de parte vuestra; si, en fin, como Dios es testigo, no miento al desear para vosotros lo que para mí, hacedme este favor. Y si me llamáis de buen grado maestro, pagadme con esta moneda; sed buenos.

30. Las lágrimas me impidieron continuar la reprensión. A Licencio le molestaba muchísimo que se escribiese todo aquello.

-¿Pues qué hemos hecho?-me dijo él.

-¿Y todavía no reconoces tu pecado? ¿No sabes lo mucho que me disgustaba en la escuela que a los jóvenes se provocase a la emulación, no mirando la utilidad y excelencia de las artes, sino el amor a una vanísima gloria, hasta el punto de que no se ruborizan de recitar discursos ajenos y recibir aplausos, ¡qué vergüenza!, de los mismos cuya composición recitan? Vosotros, si bien no incurris en semejante fragilidad, no obstante os empeñáis en traer aquí e infestar la filosofía y el nuevo género de vida que gozosamente he emprendido con aquella mortífera jactancia de la vanagloria, la última, pero la más funesta de las pestes; y tal vez porque os quiero

apartar de esa morbosa vanidad, os haréis más pigres para el estudio de la doctrina, y repelidos por el deseo ardiente de la fama, que se lleva el viento, os volveréis carámbanos de torpor y desidia. Desdichado de mí si aún tengo que lidiar con tales enemigos, en quienes no es posible expulsar a unos vicios sino con la alianza de otros.

-Ya verás cómo en adelante somos más correctos-dijo Licencio-. Ahora te pedimos por todo lo que más amas que nos perdones y mandes borrar lo escrito; aun mirando por la economía de las tabletas, porque ya no tenemos más. Y no se ha hecho copia en el libro de lo mucho que hemos disertado entre nosotros.

-Quede ahí-dijo Trigecio-el castigo de nuestro delito, para que la misma fama que nos atrae, con el propio azote nos aparte de su afición. Pues cuando se den a conocer estos ensayos a nuestros amigos y familiares, no será pequeño nuestro bochorno.

Ambos quedaron conformes.

CAPÍTULO XI

Mónica, no por ser mujer, es excluida de la cultura

31. En esto entró la madre y nos preguntó qué habíamos adelantado en la cuestión, que también le era conocida. Mandé que se hiciera constar la intervención y la pregunta de ella.

-Pero ¿qué hacéis?-dijo ella-. ¿Acaso me consta de los libros que leéis que las mujeres hayan tomado parte en semejantes discusiones?

-Me importan poco-le dije-los juicios de los soberbios e imperitos, que con igual afán buscan los libros como las congratulaciones y saludos de los hombres. Ellos no miran lo que son, sino cómo visten y el brillo de su pompa y bienestar. Ni indagan en el estudio de las letras de qué cuestión se trata, ni el fin que se pretende con ella, ni las explicaciones que se han dado. Entre ellos no faltan algunos merecedores de aprecio por cierto barniz de humanidad y porque fácilmente entran por las doradas y pintadas puertas al santuario de la filosofía; los estimaron nuestros mayores, cuyos libros, por nuestra lectura, veo que te son conocidos.

Y en estos tiempos, omitiendo otros nombres, es digno de mención, como varón de elocuencia e ingenio, insigne también por los bienes de fortuna y, sobre todo, dotado de un aventajadísimo talento, Teodoro, a quien conoces bien, el cual se esfuerza dignamente para que ni ahora ni después nadie pueda lamentarse con razón del estado de las letras en nuestros días. Pero en el caso de llegar mis libros a las manos de algunos, que al leer mi nombre no digan: pero

éste, ¿quién es?, arrojando el códice, sino que o por curiosidad o por amor vehemente al estudio, despreciando la humildad del pórtico, entren adentro, no llevarán a mal verme a mí filosofando contigo ni despreciarán seguramente el nombre de ninguno de éstos, cuyos discursos aquí se interpolan, porque no sólo son libres-cosa que basta para dedicarse a las artes liberales y aun a la filosofía-, sino de muy elevada posición por su nacimiento. Y por libros de doctísimos autores sabemos que se han dedicado a la filosofía hasta zapateros y otros de profesiones menos estimadas, los cuales brillaron con tanta luz de ingenio y de virtud que,, aun pudiéndolo, no hubieran querido cambiar su posición y suerte por ningún género de nobleza. Y no faltará, créeme, clase de hombres a quienes seguramente agrada más que tú filosofes conmigo que cualquier otro recurso de amenidad o gravedad doctrinal. Porque también las mujeres filosofaron entre los antiguos, y tu filosofía me agrada muchísimo.

32. Pues para que sepas, madre, este nombre griego de filosofía, en latín vale lo mismo que *amor a la sabiduría*. Por eso nuestras divinas Letras, que estimas tanto, mandan se evite no a todos los filósofos, sino a los filósofos de este mundo (Col 2, 8). Y que hay otro mundo remotísimo de los sentidos, alcanzado por un número muy reducido de hombres sanos, lo enseña igualmente Cristo, el cual no dice: *Mi reino no es del mundo*, sino *Mi reino no es de este mundo* (Jn 18, 36). Quien reprueba indistintamente toda filosofía condena el mismo amor a la sabiduría. Te excluiría, pues, a ti de este escrito si no amases la sabiduría; te admitiría en él aun cuando sólo tibiamente la amases; mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien: como la amas mucho más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas, y has progresado tanto en su amor que ya ni te conmueve ninguna desgracia ni el terror de la muerte, cosa difícilísima aun para los hombres más doctos, y que por confesión de todos constituye la más alta cima de la filosofía; por esta causa yo mismo tengo motivos para ser discípulo de tu escuela.

33. Aquí ella, acariciante y piadosa, dijo que nunca había yo mentido tanto; y notando yo la extensión de nuestras discusiones que habían de copiarse, y que, por otra parte, había materia para un libro ni quedaban más tabletas de escribir, puse fin a la discusión; así miraba también por el bienestar de mi pecho, porque me había acalorado más de lo justo en la reprensión dirigida a los jóvenes.

Al marcharnos dijo Licencio:

-No olvides cuántas y cuan necesarias cosas por conducto tuyo, y sin reparar en ello tú mismo, nos son suministradas por aquel orden ocultísimo y divino.

-Ya lo veo-le dije-, y doy gracias a Dios por ello; y espero que vosotros, conscientes de esto, seréis cada día mejores. Tal fue la jornada única de aquel día.

